

viejo Maximiano en la que contaba las cosas que Galerio le había dicho y estaba en conocimiento del aumento de tropas en su ejército, gemebundo (5) dijo: Hágase todo conforme a tus deseos. Sólo restaba que la elección de los Césares se hiciese conforme al parecer de todos.

—¿Pero qué necesidad hay de pedir pareceres —arguyó Galerio—, si ellos no tendrán más remedio que dar por bueno lo que nosotros hagamos?

—Así será, desde luego; pues será conveniente nombrar Césares a sus hijos (6).

Tenía Maximiano un hijo llamado Majencio, que era yerno de este otro Maximiano, hombre de perversas inclinaciones y malos sentimientos, tan soberbios y rebeldes que ni a su padre ni a su yerno acostumbraba a prestar veneración, y por lo mismo, era odioso a uno y otro. También Constancio tenía otro hijo, Constantino, intachable joven y muy digno de aquel cargo, que por su noble y bella presencia, por su experiencia militar, por sus buenas costumbres y su cortesía singular era amado por los soldados y bien querido por los particulares, y entonces estaba allí (7), ya de antes nombrado por Diocleciano tribuno de la primera legión.

—¿Qué haremos entonces? —dijo Diocleciano.

—Aquél —dijo Galerio, refiriéndose a Majencio— no es digno. Quien siendo todavía una persona particular me despreció a mí, ¿qué hará cuando reciba la autoridad?

Mas éste (se refería a Constantino) es amado de todos y gobernará, seguramente, mejor que su mismo padre y hasta juzgará con más clemencia.

—Sí; se llevarán las cosas de forma que yo no pueda hacer lo que quiera. Por tanto, habrá que elegir aquéllos que estén completamente de mi parte, que tengan temor, que no hagan nada sin mi permiso.

—¿A quiénes vamos a elegir, pues?

—A Severo —dijo Galerio.

—¿A ese salteador, bullanguero y borracho, para quien la noche es día y el día sirve de noche?

—Es digno, porque ha mandado muy bien a sus soldados, y ya se lo he enviado a Majencio para que lo invista.

—Está bien. ¿Y el otro, quién quieres que sea?

—Este —dijo, señalando a Daya, cierto joven semibárbaro, a quien hacía poco que Maximiano ordenó usara su mismo nombre. Pues a él Diocleciano le había cambiado también el nombre, sobre todo por razones de buena suerte, porque Maximiano se mostraba muy fiel en la práctica de la religión.

—¿Quién es éste que me presentas?

—Un pariente —dijo.

Y él, lamentoso, contestó:

—No son hombres idóneos los que me señalas, a los cuales pueda encargárseles la administración del Estado.

—Los tengo muy experimentados —afirmó.

—Pues tú verás lo que haces, pues eres quien al fin se va a encargar del gobierno. Yo bastante trabajé y me preocupé para que durante mi mandato no sufriera mengua la república. Si ahora llega a ocurrir algo desagradable, no será mía la culpa.

## NOTAS

- (1) Galerio llegaría de su residencia de Sirmio, si no quiere referirse Lactancio a algún viaje del César por Italia, donde había hecho presión sobre Maximiano y parece darlo a entender la frase “recientemente”.
- (2) Lactancio, a diferencia de las otras fuentes, no admite la espontaneidad de la abdicación de Diocleciano. El diálogo probablemente es inventado, pretendiendo únicamente el escritor dar a conocer los diferentes puntos de vista de Diocleciano y Galerio.
- (3) Nerva había abdicado el año 90 y después de un año de imperio, renunciando a favor de Trajano, gobernador de la Germania superior y muy querido del Ejército y del Senado.
- (4) Es decir, de agosto.
- (5) Lactancio busca todos los medios de presentar a Diocleciano digno de lástima y desprecio más que de compasión.
- (6) Para entender esta respuesta de Diocleciano téngase en cuenta que Maximiano Hercúleo tenía como hijo a Majencio, marido de una hija de Galerio, y Costanzo Cloro tenía a su hijo Constantino. En éstos debía lógicamente pensarse como sucesores de sus padres, dado que Galerio no tenía más que un hijo natural (Candidiano, de quien se habla más adelante), el cual era aún niño.
- (7) Estaba en la corte, no presente al diálogo. Era el jefe o tribuno de la primera legión, que tenía a su cargo la custodia personal del emperador, y desde luego veremos a Constantino junto a Diocleciano en el capítulo siguiente.

## XIX

### Ceremonia de la abdicación de Diocleciano.

Después de los precedentes acuerdos, llegó el día de las calendas de mayo (1). Todos tenían sus miradas clavadas en Constantino y nadie abrigaba dudas. Todos los soldados que estaban presentes y lo más escogido y aguerrido de entre los soldados legionarios, que sólo con mirarle a él se alegraban, le deseaban todos los bienes y hacían votos por su prosperidad. Había un lugar elevado a las afueras de la ciudad, como a unos tres mil pasos, en la cual altura el mismo Maximiano había sido investido con la púrpura, y donde se erigió como recuerdo una columna con la enseña de Júpiter. Allá se dirige la muchedumbre. Se convoca a alocución a los soldados, y entre lágrimas, el anciano les dirige unas palabras, en las cuales manifiesta la necesidad que tiene de descanso después de tantos trabajos y por hallarse ya incapacitado, que el imperio convenía entregarlo a hombros más robustos, y estaba decidido a elegir nuevos Césares. Cunde la expectación por saber quiénes serán los escogidos. Por último, anuncia que Severo y Maximiano serán los Césares. Todos quedan extrañados. Sobre el tablado principal se encontraba también Constantino. Otra vez la muchedumbre empieza a dudar, pensando si le habrán cambiado el nombre a Constantino; pero en medio de la general admiración, alarga Maximiano su brazo hacia atrás y hace salir a primera fila a Daya (pasándole delante de Constantino, que es relegado), y despojándole de su vestido privado, le coloca en medio. Todos inquieran quién es y de dónde procede. Mas nadie se atreve a reclamar, porque todos están atónitos ante una salida tan inesperada. A éste le colocó Diocleciano su púrpura, y al desnudarse de la misma, quedó otra vez convertido en Diocles. A continuación bajan todos, y el veterano emperador cruza la ciudad en un coche y sale fuera, siendo despedido hacia su patria (2). Mientras Daya (3), que hacía poco había dejado las fieras y las selvas, pero que de simple escudero fue ascendido rápidamente por los grados de guardia imperial y tribuno hasta la reciente dignidad de César, recibió el oriente para pisotearlo y tritularlo, pues siendo hombre que no entendía de milicia ni de política, vendría a ser pastor, no de ovejas, sino de soldados.

## NOTAS

- (1) El día 1 de mayo del año 305. Aquel día abdicaron ambos augustos, como escribe también Eutropio. 9, 27.
- (2) Diocleciano se retiró a una villa cercana de la ciudad de Salona y todavía identificable, por sus grandiosas ruinas, junto a la moderna Spalato (*Salonae-Palatium*), en la otra orilla del Adriático.
- (3) Daya era hijo de una hermana de Galerio, y por eso en el diálogo anterior con Diocleciano le llama *affinis*, pariente.

## XX

Ambiciosas aspiraciones de Galerio sobre el dominio universal.

Maximiano Galerio, que había conseguido eliminar a los dos ancianos, haciendo lo que era su ilusión, se tenía ya por amo absoluto de todo el mundo. Y aunque Costanzo debiera ser preferido por su antigüedad, le hacía poco aprecio, por ser de natural suave y estar enfermizo. Pensaba que moriría pronto, y si esto no llegaba, él le arrebataría con facilidad, aun por la fuerza, el cargo, ¿Qué remedio le quedaba si los tres colegas le presionaban a abdicar el imperio? Tenía Galerio un amigo y camarada de sus primeros tiempos de soldado, llamado Licinio (1), y de quien gustaba aconsejarse en todos sus asuntos. Con todo, no quiso nombrarle César, para no considerarlo como hijo, sino que, pasando después a ocupar el puesto de Costanzo, le pudiera llamar Augusto y hermano, y entonces él, colocándose el primero, pudiera tiranizar a placer a todo el mundo, y al llegar a su vigésimo aniversario, abdicar y nombrar César a su hijo, que entonces contaba nueve años. Entonces, al tener el mando supremo Licinio y Severo, y los cargos de Césares Maximiano y Candidiano, bien defendido por un muro inexpugnable, podría pasar una segura y tranquila ancianidad. Esto es lo que daban a entender sus maquinaciones. Pero Dios, de quien se había hecho enemigo, disipó todas sus cavilaciones.

## NOTA

- (1) Valerio Liciano Licinio se llamaba. El hijo suyo de nueve años se llamaba Candidiano, como ya dijimos. Era hijo natural y reconocido, pues de Valeria no había tenido familia.

## XXI

### Abuso de poder y refinada crueldad de Galerio.

En posesión ya de la máxima (1) autoridad, dirigió todos sus esfuerzos a atormentar el orbe, puesto que ninguna cosa se lo impedía. Después que hubo vencido a los persas, los cuales tienen por tradición y costumbre consagrarse al servicio de sus reyes, y los reyes tienen a sus súbditos por esclavos, este sistema fue el que quiso implantar en tierra romana hombre tan soberbio. Desde los días de su victoria siempre estaba alabando dicha costumbre. Y como se trataba de una cosa que no era posible mandar abiertamente, obraba de modo que terminase quitando la libertad a todas las personas. Lo primero que hizo fue suprimir los honores (2). Eran sometidos a tormento, no sólo los decuriones (3), sino los primates de las ciudades, los varones egregios y los dignatarios (4), y aun en causas civiles y sin importancia. Si parecía que merecían la muerte, estaban prontas las cruces; si la cosa no llegaba a tanto, al punto se echaba mano de los grillos. Matronas nobles y de buena familia eran llevadas al gineceo (5). Si había necesidad de azotar a alguno, había cuatro potros en una habitación, en los cuales ni siquiera a los esclavos se les estiraba. ¿Para qué referir sus distracciones y gustos? Tenía unos cuantos osos que competían en ferocidad y grandor, los cuales había ido eligiendo durante todo el tiempo de su imperio. Cuando quería divertirse ordenaba que se le trajese alguno de éstos, nombrándolos por su nombre, a los cuales echaban las personas, no ya para que se las comieran, sino para que fueran como engullidas. Al ver cómo quedaban triturados los miembros de las víctimas, se reía plácidamente. Y no podía cenar sin haber derramado sangre humana. Para aquellos que carecían de dignidad, la pena corriente era el fuego. Tal suplicio lo había autorizado primeramente contra los cristianos, publicando leyes para que, después de ser atormentados, fueran quemados a fuego lento. Al ser desatados del palo se les ponía primeramente debajo de los pies una llama ligera hasta que la planta empezaba a contraerse por el fuego y aparecían los huesos. Después encendían teas, y cuando se hacían ascuas, las aplicaban a cada una de las partes del cuerpo, hasta que no quedase en el mismo lugar intacto. Y a todo esto,



rociaban con agua fría la cara de las víctimas y refrescaban con líquido su boca, con objeto de que no se les secasen las fauces y expirasen pronto, lo cual ocurría finalmente cuando después de un día entero toda la piel se había recocado y la intensidad del fuego había penetrado las mismas entrañas. Acto seguido cremaban los cadáveres en una hoguera dispuesta al efecto. Cogían los huesos y después de reducirlos a cenizas los arrojaban a los ríos o al mar (6).

## NOTAS

- (1) Podía considerarse máxima la autoridad de Galerio, puesto que el otro augusto, Costanzo, por su carácter apacible y de salud delicada, no podía hacerle sombra.
- (2) Suprimió el *cursus honorum* o carrera de los honores, no queriendo someterse a leyes ni tradiciones en este punto.
- (3) Los decuriones eran magistrados municipales y gozaban de especiales privilegios, entre otros el no ser sometidos a tortura como los *humiliores*.
- (4) Según la jerarquía burocrática eran distintos los *virī egregiī* (gobernadores de provincias u oficiales de la Corte) de los *virī perfectissimi*, título correspondiente a los magistrados y que nosotros hemos traducido por dignatarios.
- (5) El “gineceo” era el departamento reservado a las mujeres en las viviendas de los ricos. Había también talleres u obradores públicos donde las mujeres trabajaban y que recibían igual nombre. Por la construcción de la frase latina podemos colegir que las matronas eran obligadas a trabajos de esta índole, si no quiere pensarse todavía algo peor.
- (6) Con objeto de sustraer las reliquias al culto.

## XXII

Grados que alcanza la crueldad de Galerio.

Los procedimientos que había ido aprendiendo de atormentar a los cristianos los ponía luego en práctica con todos. Para él no había penas ligeras, ni destierros a islas, ni cárceles, ni condenas a trabajos forzados en las minas, sino que el fuego, la cruz y las fieras eran para él cosa corriente y diaria. Los familiares y funcionarios eran corregidos a golpes de lanza. En las condenas a muerte la decapitación por espada sólo se concedía a pocos, a manera de beneficio que por servicios antiguos alcanzaban tan buena muerte. Y todavía estas cosas parecerían llevaderas en comparación con las siguientes: la elocuencia aherrojada (1), los abogados defensores, suprimidos; los jurisconsultos, o desterrados o muertos; el conocimiento de las letras era tenido entre las artes prohibidas, y los que tal poseían, como a enemigos peligrosos, se les aislaba y aborrecía. El capricho más desenfrenado, al abolirse todas las leyes, regía a los jueces. A las provincias se enviaron jueces militares, brutales por su ignorancia e incultura y actuar sin asesoramiento.

### NOTA

- (1) Tal vez Lactancio habla aquí de males sufridos por él mismo, dada su condición de maestro de retórica.



## XXIII

Decreta Galerio una revisión del censo y de los tributos con pésimas consecuencias.

Mas la calamidad pública y el luto común que alcanzó a todos fue un tributo impuesto a todas las provincias y ciudades, y que, apenas anunciado, ya los cobradores andaban por todas partes exigiendo las cuotas, lo que daba apariencia de saqueo y horrible cautiverio. Los campos eran medidos surco a surco, las viñas y los árboles se contaban uno por uno, se anotaban los animales de toda especie, se reseñaban todas las personas, las muchedumbres campesinas eran reunidas y las plazas públicas rebosaban con los rebaños de familias. Cada uno tenía que comparecer con sus hijos y siervos. Por todas partes sonaba el ruido de palos y torturas infligidas; los mismos hijos eran colgados del potro para declarar contra sus padres; los más fieles esclavos, contra sus amos, y las esposas, contra sus maridos. Si aun esto no daba resultado, contra sí mismos eran atormentados, y cuando ya el dolor les vencía, declaraban aquello que no poseían. No se admitían excusas por edad o estado de salud. Enfermos e inválidos eran clasificados, y al anotar su edad a los niños se les aumentaban años y a los ancianos se les quitaba. Todo lo llenaba el llanto y el abatimiento. Lo que los antepasados habían hecho con los vencidos, en virtud del derecho de la guerra, ahora él se atrevió a hacer otro tanto contra los romanos y los pueblos sometidos a ellos, como represalia de que sus ascendientes hubieran sido sometidos a censo, cuando Trajano impuso como vencedor tal pena a los dacios por sus continuas rebeliones. Después de tales vejaciones, las personas quedaban convertidas en rehenes hasta tanto que pagaban su tributo y podían recobrar su libertad. Sin embargo, no se fiaban de los primeros agentes del censo, sino que enviaban otros nuevos sobre los anteriores, como si hubieran de encontrar doble número de personas y, desde luego, siempre las duplicaban, aunque tal no hallasen, pues para justificar que no habían cumplido su misión en balde, añadían a capricho nuevos nombres. Entre tanto, disminuían los animales y morían las personas, y a pesar de todo, había que pagar contribuciones por los muertos, para que ni vivir ni morir pudiera hacerse de balde. Sólo quedaban los mendigos, a los cuales

nada podía exigirles, a quienes su miseria y pobreza había preservado de tales desgracias. Pero siendo Galerio hombre tan misericordioso, también se compadeció de ellos. Para que no pasasen más calamidades, mandó reunirlos a todos, y metiéndolos, en embarcaciones, los arrojaron al mar. ¡A tal extremo llegaba la compasión de este hombre, que no consentía hubiera ningún pobre durante su gobierno! Así, pues, al tiempo que provee para que nadie escape al censo simulando mendicidad, mataba a su vez a grandes muchedumbres de verdaderos infelices, contra todo derecho de humanidad.

## XXIV

Constantino, logrando escapar de Galerio, llega a tiempo de recibir la investidura imperial de su padre moribundo.

Ya le andaba rondando a Galerio el castigo de Dios y se acercaba el momento en que sus cosas tendían a marchar mal y precipitarse a la ruina. Aún no había concebido el propósito de derrocar y eliminar a Costanzo, por hallarse ocupado en los asuntos más arriba expuestos. Esperaba más bien su muerte, aunque no creía hubiera de ocurrir tan pronto. El cual, sintiéndose gravemente enfermo, envió cartas a Galerio para que le mandase a su hijo Constantino y poder verle, porque hacía mucho tiempo que estaban ausentes. Mas Galerio no era del mismo parecer. Ya de antiguo había procurado hacerle todo el mal posible a Constantino, aunque insidiosamente, pues a cara descubierta no se atrevía por temor a provocar en contra suya una guerra civil, y lo que aún le causaba más espanto, llevarse el odio del ejército. Bajo pretexto de ejercicio y lucha le había expuesto a las fieras; pero en vano, pues la mano de Dios protegía a su persona, librándole de las asechanzas de Galerio. En aquel mismo grave percance, pues ocurrió que, pidiendo insistentemente Constantino a Galerio le firmara los pasaportes, no pudo negarse por más tiempo y lo hizo después de anochecer, ordenándole que al día siguiente temprano partiera, después de recibir las últimas instrucciones, con el propósito de entretenerle con cualquier achaque o de escribir antes a

Severo, para que éste le retuviera. Lo cual, como lo sospechase Constantino, esperó a que se acostase el emperador después de cenar, y al instante se dio prisa a marchar, y echando mano de todos los caballos públicos de muchas estaciones (1), voló. Al día siguiente el emperador durmió deliberadamente hasta media mañana y mandó llamarle. Le dicen que inmediatamente después de la cena había partido. Comienza a indignarse y enfurecerse. Pedía los caballos públicos para hacerle volver; pero le comunican que la posta pública está desprovista de ellos. Apenas podía contener las lágrimas. Entre tanto, Constantino, que había corrido con increíble celeridad, llegó hasta su padre (2), ya moribundo, quien se lo recomendó a los soldados, y le hizo entrega, por propia mano, del imperio. Así pudo hallar en su mismo lecho el descanso de su vida, como siempre había deseado. Al recibir Constantino Augusto el imperio no tuvo otro pensamiento (3) que restablecer a los cristianos en el culto del verdadero Dios. Esta fue su primera obra de gobierno, restaurar la santa religión.

## NOTAS

- (1) Los romanos disponían para los servicios oficiales de caballos distribuidos de trecho en trecho, para hacer con rapidez las jornadas. La palabra *man-siones* la hemos traducido por estaciones.
- (2) Su padre moribundo estaba en Bretaña. Aurelio Víctor y Eutropio nos dan también la noticia, este último en dos pasos sucesivos, diciendo que Costanzo murió en el condado de York, en Britania, el año 13 (o sea, el 303), y fue inscrito entre los dioses, y a su muerte su hijo Constantino, tenido de un matrimonio humilde, fue creado emperador y pasó a gobernar en lugar de su padre con general beneplácito.

## XXV

No pudiendo oponerse Galerio a la elección de Constantino, pretende con todo reconocerlo como César, junto con Daya, elevando a augusto a Severo.

Pocos días después fue llevado su retrato (1), coronado de laurel, a la mala bestia. Dudó largo tiempo en recibirle. Poco faltó para quemar aquélla y al que la había traído, de no haberle disuadido de semejante locura sus amigos, advirtiéndole el peligro que corría, porque todo el ejército, contra cuya opinión habían sido nombrado Césares dos desconocidos, saldría a recibir a Constantino, haciéndole una demostración apoteósica de cariño si se presentase a reclamar sus derechos por las armas. No tuvo más remedio que recibir la efigie, aunque de mala gana, y le mandó también la púrpura, como señal de que le recibía con sumo gusto por compañero. Con esto cayeron por tierra sus proyectos, ni podía ya nombrar otro emperador, fuera de aquel número. Pero se le ocurrió que Severo, por ser mayor de edad, fuera nombrado Augusto, y Constantino, no emperador, como había sido hecho, sino César juntamente con Maximino, para postergarlo del segundo lugar al cuarto.

## XXVI

Los pretorianos nombran en Roma a Majencio emperador, quien llama a su padre al trono, mientras Severo, abandonado de los suyos, se rinde y muere.

Ya le parecía a Galerio que las cosas estaban hasta cierto punto en marcha, cuando de pronto otro nuevo susto le vino a soliviantar, al comunicarle que su yerno Majencio había sido nombrado emperador en Roma. La causa del suceso fue la siguiente. Cuando determinó devorar todo el orbe por medio de los impuestos que había decretado, su insensatez llegó hasta el punto de pretender que ni el pueblo romano (1) se viera libre de semejante humillación. Estaban a punto de ser nombrados los agentes que irían a Roma para recontar los ciudadanos. Casi por aquella época levantó también los campamentos de los petroria-



nos (2). Y así unos pocos soldados que habían quedado en Roma en los cuarteles, aprovechando la ocasión mataron algunos de los agentes del censo, y con la anuencia del pueblo, que se había revolucionado, vistieron la púrpura a Majencio. Galerio, con lo repentino de la noticia, se impresionó un tanto por la novedad del caso, pero sin asustarse demasiado. Tenía animadversión a Majencio y no estaba ya en su mano hacer tres Césares. Le pareció suficiente hacer, por una sola vez, aquello que no quería. Llamó a Severo, le animó a recibir la dignidad imperial y le envió con el ejército de Maximiano a reducir a Majencio; y le envía a Roma, donde los soldados, recibidos tantas veces con el mayor afecto, no sólo querían salvar la ciudad, sino vivir allí para siempre. Majencio, dándose cuenta de la gravedad de su situación, aunque por el derecho de herencia podría atraerse a su causa los soldados de su padre, pero pensando que también podría ocurrir que Maximiano Galerio, su suegro, temiera esto mismo y dejara a Severo en el Ilírico y él en persona, con su ejército, viniera para hacerle la guerra, buscaba el modo de fortificarse contra el peligro que le amenazaba. A su padre, que vivía en la Campania (3), después de la abdicación del imperio le envía la púrpura y le nombra por segunda vez Augusto. Este, deseoso de novedades, y por haber sido depuesto a la fuerza, la acepta gustosamente. Entre tanto, Severo sigue marchando y se presenta, armado, ante los muros de Roma. Al momento, los soldados, tirando sus estandartes, huyen y se entregan a aquel mismo contra el que venían a luchar. ¿Qué remedio le quedaba al que se veía de tal modo abandonado sino huir? Pero, además, ocurría que ya había vuelto de nuevo al imperio Maximiano Hercúleo, y al saber esta noticia se refugió en Rávena y se encerró allí con pocos de sus soldados (4). Mas comprendiendo que sería entregado a Maximiano, él mismo se despojó del vestido de púrpura y se lo devolvió al mismo de quien lo había recibido. Después de lo cual, tan sólo pidió una buena muerte. Y abriéndose las venas, le obligaron a morir suavemente.

## NOTAS

- (1) Desde siglos el pueblo romano no pagaba impuestos, como también estaba libre del servicio militar obligatorio. Lactancio considera una profanación equiparar a Roma como cualquiera otra provincia del imperio.
- (2) La medida debía estar relacionada con el abandono gradual de Roma como capital de Occidente y con la preferencia por Milán (y después por Rávena), como residencia imperial.
- (3) Dice a este propósito Eutropio (10, 2): "Entre tanto, los pretorianos se habían amotinado en Roma y habían elegido augusto a Majencio, hijo de Hercúleo, que vivía no lejos de la urbe en una villa pública. Al enterarse del suceso Maximiano Hercúleo, tomó esperanzas de volver a reinar, pues había abdicado a la fuerza, y marchó velozmente a Roma desde la Lucania, donde vivía como particular".
- (4) Eutropio confirma sustancialmente estos hechos, pero referente a Severo dice sencillamente "que en su huida fue muerto en Rávena".



## XXVII

Maximiano Hercúleo, para asegurarse en las Galias la alianza de Constantino, casa a éste con su hija Fausta, mientras Galerio saquea Italia.

Entre tanto Hercúleo, conociendo el arrebató de Maximiano (Galerio), empezó a pensar que éste, al oír la muerte de Severo, se encendería en ira y vendría con su ejército, y hasta tal vez se le agregaría Maximino duplicando sus tropas, a las cuales de ninguna manera podría resistir. Habiendo dejado bien fortificada Roma y bien organizada para las hostilidades entonces en curso, marcha a las Galias para poner de su parte a Constantino por medio de la boda de su hija pequeña (1). Galerio, entre tanto, invade con sus legiones Italia y se acerca a la urbe para acabar con el Senado y acuchillar al pueblo; pero se encuentra con magníficas defensas y fortificaciones. No había esperanza de abrir brecha; sitiirla resultaba difícil, y para rodear las murallas no disponía de suficientes tropas, porque, como no había visto nunca Roma, se figuraba que no sería mucho mayor que las otras ciudades que él conocía. Ya algunas legiones, detestando tan horrendo crimen, que un suegro luchara contra su yerno y que los soldados romanos embistieran contra la misma Roma, cambiando de banderas, abandonaron el campo. Y los otros soldados empezaban a dudar, y entonces Galerio sintió quebrantada su soberbia y abatido su ánimo, y acordándose del fin de Severo, se arrojaba a los pies de sus soldados y les rogaba que no le entregasen al enemigo, hasta que pudo conseguir por medio de fantásticas promesas cambiar su determinación, y al punto ordenó marcha atrás, y ya presa del miedo, se dio a la fuga, en la que pudo muy sencillamente ser aniquilado, si alguno le hubiera seguido con pocos soldados. Y como temía que esto pudiera suceder, permitió a sus soldados que se dispersasen todo lo que pudiesen y destruyesen e inutilizasen todo, para que si alguien intentaba seguirlos, no dispusiera de recursos. Fue arrasada, por tanto, aquella parte de Italia por donde pasó tan dañino ejército, destrozando todo, abusando de las mujeres, violando las vírgenes, haciendo fuerza a los padres y maridos para que entregaran sus hijas y esposas como si se tratase de objetos requisables. Como ejército de bár-

baro, deshizo las ganaderías y animales domésticos (2). De tal forma se retiró Maximiano a su ciudad, emperador romano en otros tiempos, ahora azote de Italia, castigándola duramente en todas sus cosas. Ya de atrás, al recibir el nombramiento de emperador, había empezado por declararse enemigo del nombre romano, pretendiendo cambiar el título y que el imperio romano se denominase en adelante dácico.

## NOTAS

- (1) Esta era Fausta, hermana por tanto de Majencio, mientras la hija mayor, Flavia Teodora, había nacido de Eutropia antes de casarse ésta con Hercúleo. Flavia Teodora había casado con Costanzo Cloro, quien había tenido ya a Constantino de un matrimonio precedente con Elena.
- (2) Parece ser que Lactancio recarga bastante el cuadro, generalizando atropellos y abusos que pudieran cometer algunos soldados desmoralizados.

## XXVIII

Maximiano Hercúleo trata de deponer a su hijo Majencio, que se encuentra respaldado por las tropas.

Después de la huida de éste, al volver Maximiano Hercúleo de las Galias compartía el imperio con su hijo Majencio. El joven era obedecido mejor que el viejo, porque al fin anterior y mayor era el poder del hijo, que también había restituido el imperio a su padre. El viejo llevaba de muy mala gana no poder hacer libremente cuanto quería y tenía envidia de su hijo, con pueril emulación. Andaba pensando el modo de deshacerse de su hijo, para reclamar sus derechos, lo cual suponía sencillo, por tratarse de soldados que habían desertado de Severo. Convocó al pueblo y a los soldados como para tenerlos una alocución sobre las presentes calamidades de la república. Y después de hablar sobre este tema largamente, señaló con la mano a su hijo y le presentó como el autor de aquellos males y el principal causante de tantas desdichas como el Estado estaba soportando, y terminó arrancándole de sus hombros la púrpura. Así despojado, el hijo bajó aceleradamente de la tribuna y fue recibido por los soldados. Las aclamaciones e indignación de éstos espantaron al cruel anciano, que, como Tarquino el Soberbio, fue arrojado de la ciudad de Roma (1).

## NOTA

- (1) Este episodio nos lo refiere casi con las mismas palabras Eutropio (10, 3): "Pretendiendo Maximiano Hercúleo, en una alocución que tuvo al Ejército, despojar de la púrpura a su hijo Majencio, hubo de sufrir la revuelta y motín de los soldados. De allí partió a las Galias, fingiendo que era expulsado por su hijo, con objeto de unirse a su yerno Constantino".

## XXIX

Mientras también Licinio es proclamado emperador, Maximiano Hercúleo en las Galias tiende en vano asechanzas a Constantino.

Volviendo otra vez a las Galias, donde permaneció algún tiempo, marchó luego a buscar al enemigo de su hijo Maximiano Galerio, como para tratar con él de buscar arreglo a la situación de la república, pero, en realidad, para tener ocasión de asesinarle, con el pretexto de la reconciliación, y de esta forma apoderarse de su reino, ya que había sido expulsado del propio. Pero al llegar allí, estaba Diocles, llamado poco antes por su yerno, para hacer ahora lo que antes no había hecho, y en su presencia dar el imperio a Licinio como sustituto de Severo (1). Y así se hace, en efecto, ambos presentes. Al sentir desvanecerse sus ilusiones, el anciano Maximiano Hercúleo sueña con una tercera tentativa. Vuelve a las Galias lleno de malas intenciones con el propósito de engañar con sus maniobras al emperador Constantino, su yerno e hijo de su otro yerno (2). Para mejor engañarle se quita las insignias de la realeza. Los pueblos francos se hallaban en guerra. Aconseja a Constantino, que nada sospecha, que no lleve consigo todo el ejército, pues los bárbaros podían muy bien ser derrotados con pocos soldados. Así él podría tener un ejército de que adueñarse y el otro tal vez sería aniquilado por la escasez de soldados. El joven creyó al anciano como a persona más entendida y le obedeció como a anciano y yerno, y así marcha, dejando la mayor parte de sus soldados. Maximiano, después de haber aguardado algunos días, y creyendo que Constantino estaría ya dentro de las fronteras de los bárbaros, se invistió de repente la púrpura, mete mano en el tesoro y hace espléndidas distribuciones, como tenía por costumbre (3). Con todo esto propala sobre Constantino las calamidades que muy pronto habrían de caer sobre él. Al emperador le dan rápidamente cuenta de lo que está sucediendo. Se vuelve con admirable presteza con su ejército. Y aquel hombre es aplastado de improviso, cuando todavía no se daba bien cuenta de lo que pasaba. Los soldados todos se vuelven con su emperador. Maximiano había llegado a ocupar Marsella y había cerrado sus puertas. Se acercó cuanto pudo el emperador y le habló estando cerca de la muralla, no ásperamente ni como enemigo, sino rogán-

dole qué pretendía hacer o qué le hacía falta y por qué llevaba a cabo acciones que no parecían sentir bien con su persona. Mas éste, desde lo alto del muro, barbotaba maldiciones. Entonces a su espalda se abren las puertas y son recibidos los soldados. Es llevado hasta el emperador el rebelde emperador, padre cruel y suegro pérfido. Oyó los crímenes que había cometido, le despoja de la púrpura y le perdona la vida tras una severa reprensión.

## NOTAS

- (1) Galerio había conseguido el nombramiento de César para Maximino Daya y había tolerado el de Constantino, pero nunca admitió el de Majencio ni el de Hercúleo, reteniendo vacante el cuarto puesto, que determinó dar a Licinio, valiéndose para ello del prestigio del viejo Diocleciano, a quien llamaría como árbitro en la ceremonia, no con la intención de que tomase de nuevo la púrpura, como había hecho Majencio con su padre.
- (2) Véase nota 1 del cap. 27.
- (3) Véase lo que el mismo Lactancio dice en el cap. 8.

### XXX

Maximiano Hercúleo trata de asesinar a Constantino; mas es descubierto y le obligan a darse muerte.

Perdido de esta forma el honor de emperador y suegro, sin poder sufrir semejante humillación, siguió tramando nuevas insidias, por haber escapado aquella vez sin castigo. Llama a su hija Fausta, y ya con ruegos ya con caricias, la invita a traicionar a su marido, prometiéndole otro más noble personaje. Tan sólo pide paso libre hasta la cámara imperial, ya que ésta se encuentra poco vigilada. La hija promete hacerlo, pero al momento da cuenta de todo a su marido. Entre ambos discurren una falsa comedia para poder tener pruebas fehacientes del crimen. Buscan a un miserable eunuco, que habrá de morir en lugar del emperador. Se levanta Maximiano Hercúleo a medianoche, y encuentra la ocasión propicia para sus fechorías. Eran pocos los centinelas que hacían guardia y además estaban retirados, a los cuales, sin embargo, dice que ha tenido un sueño que desea contar a su hijo. Entra, pues, bien armado, y habiendo matado al eunuco, sale jactancioso y refiere lo que acaba de hacer. Mas de pronto, por la otra parte, aparece Constantino con un grupo de hombres armados. Sacan de la habitación el cadáver del hombre muerto, y el homicida es cogido en flagrante delito, quedando mudo, como "si fuera duro pedernal o roca de mármol de Paros" (1). Le echan en cara sus crímenes y maldad y por fin le dan a escoger el género de muerte que prefiere, "y cuelga un nudo de alta viga para encontrar infame fin" (2). Así, aquel gran emperador del nombre romano, que durante tanto tiempo había reinado hasta poder celebrar las fiestas de su vigésimo aniversario, rota y tronchada su soberbia garganta, acabó su destestable vida con torpe e ignominiosa muerte (3).

### NOTAS

- (1) Cita de Virgilio, Eneida, 6, 471. Las rocas del monte Marpeso, en la isla de Paros, proporcionaban el mármol más apreciado.
- (2) Otra cita de Virgilio, Eneida, 12, 603.
- (3) No es más lisonjero el juicio de Eutropio (10, 3): "varón inclinado a toda locura y crueldad, infiel, dañino, completamente privado de civilidad".



## XXXI

Maximiano Galerio fuerza todavía más los tributos con grave daño para los agricultores.

De éste, Dios, vengador de su pueblo y religión, pasó los ojos al otro Maximiano, autor de la terrible persecución, para hacer ostentación también con él del poder de su majestad. Este andaba pensando en conmemorar sus veinte años de reinado. Y como si todavía hubiera esquilmo poco a las provincias con sus tributos de oro y plata, para poder dar las pagas extraordinarias que había prometido a sus soldados, ordenó un nuevo impuesto con motivo de este aniversario. ¿Quién podrá describir exactamente la impresión que hizo esta nueva vejación del género humano, sobre todo en lo referente a las requisas de víveres? Soldados de todas clases, o mejor verdugos, perseguían a los contribuyentes. Nadie sabía a ciencia cierta a quién tenía que pagar en primer término. Por otro lado, para los que no satisfacían, no había conmiseración. Había que estar dispuestos a soportar increíbles padecimientos si no se entregaba al instante aun aquello que no poseía. De tal manera agobiaban los agentes, que no dejaban ni respirar y no descansaban en todo el año en sus pesquisas. Con frecuencia, al tratar de reseñar a los mismos hombres, había discusiones entre los mismos jueces o entre los sayones del fisco. No quedó era sin cobrador ni vendimia sin guardia, sin dejar nada para el sustento de los mismos labradores. Y siendo intolerable que le quiten al hombre los alimentos con tanto trabajo procurados, sin embargo, queda de alguna manera la esperanza del futuro. ¿Pero y el quitar hasta los vestidos? ¿Y todo el oro? ¿Y la plata? ¿Acaso no hay que proporcionarse todas estas cosas por medio de la venta de los productos? ¿Cómo querrás, oh loco tirano, que yo pueda entregar esto, después que tú has robado a la fuerza los frutos de la tierra y las crías de los ganados? ¿Y qué de bienes no malbarató, para reunir todas las riquezas que su imperio poseía en orden a la celebración de unas fiestas que no podría conmemorar?

## XXXII

El César Maximiano Daya quiere que Galerio le eleve a la dignidad de augusto.

Al ser nombrado emperador Licinio, Maximino lo llevó muy a mal, pues ni quería seguir siendo César ni figurar en tercer lugar. Por este motivo le envió frecuentemente Galerio embajadores rogándole que le obedeciera, que guardara lo que estaba estatuido, que ceda ante la edad y sea reverente con las canas. Pero el otro se ensoberbece audazmente y proclama que le corresponde por antigüedad ser primero, ya que antes tomó la púrpura, y así desprecia sus ruegos y mandatos. Se siente dolorida la bestia y brama, porque habiéndole hecho César sin ser noble, con objeto de que siempre le estuviera sumiso, éste ahora, olvidándose de un tan grande beneficio, se niega desconsideradamente a cumplir sus deseos y ruegos. Vencido Galerio por tanta obstinación, suprime el nombre de césares y se da a sí mismo y a Licinio el calificativo de augustos, y a Maximino y Constantino el de hijos de los augustos. Poco después le escribe Maximino como anunciándole que en una reunión tenida poco hacía en el campo de Marte (1) había sido nombrado augusto por el ejército. Galerio recibió con pesadumbre esta noticia, doliéndose mucho, y ordenó que desde entonces todos los cuatro se denominasen emperadores.

## NOTA

(1) En la plaza de armas, que había sido inaugurada recientemente.

### XXXIII

Galerio es castigado por una terrible e incurable enfermedad.

Ya llevaba dieciocho años (1) de imperio, cuando le hirió Dios con una incurable llaga. Le nació una úlcera (2) de mal aspecto en la ingle y se le fue extendiendo. Los médicos sajan y curan; pero, cuando parecía iba a cicatrizar, se abre la herida y se rompe una vena con abundante hemorragia hasta temerse la muerte. A duras penas pueden cortar la sangre. Hay que intentar una nueva cura. Por último se consigue la cicatrización; mas otra vez, a un pequeño movimiento del cuerpo, se reproduce la herida y la hemorragia es todavía mayor que antes. Galerio empieza a quedarse pálido y a desfallecer por faltarle las fuerzas, y sólo entonces se corta el reguero de sangre. Ya la herida comienza a no reaccionar ante la medicina y los contornos se infeccionan con una llaga cancerosa que cuanto más se corta más se renueva y cuanto más se la cura tanto más supura.

*Se cansaron los maestros (3),*

*Quirón, hijo de Filira, y Melampo, hijo de Amitaonio.*

Se convocan los médicos más célebres de todas partes; pero las manos de los hombres nada consiguen; se hacen rogativas a Apolo y Asclepios (4), se pide insistentemente remedio. Propone Apolo una cura, pero el mal se empeora. No se había difundido aún mucho la gangrena y ya había corroído las partes bajas. Las entrañas se pudren por dentro y la apostema se desparrama por la región anal. No desisten los médicos, sin embargo, de curar y buscar remedios, aunque sin esperanzas de atajar el mal. Propagándose la infección hasta la médula, ataca las vísceras y llegan a criarse gusanos. El olor pestilencial se extiende no sólo por el palacio, sino que penetra por toda la ciudad; nada extraño, si tenemos en cuenta que el excremento y la orina tenían común salida. Es roído por los gusanos y se le va deshaciendo el cuerpo en podredumbre en medio de intolerables dolores.

*Exhala horribles alaridos que llegan hasta el cielo (5), como los mugidos del toro, que ensangrentado, huye del ara.*

Se aplicaban a las posaderas supurantes pedazos de carne cocida y caliente para que los gusanos salieran al calor. Al quitar

los vendajes brotaban verdaderos enjambres, a pesar de lo cual la fecunda corrupción de las entrañas contagiadas criaba aún mayor cantidad. Con tan extraño mal el cuerpo había perdido su configuración. La parte superior desde la llaga se había secado y puesto cetrina y por la espantosa delgadez, la piel se pegaba a los huesos; la parte inferior, sin forma de pies, había crecido hasta hincharse como odres. Estos males duraron un año entero, hasta que al fin, vencido por la desgracia, se vio obligado a confesar a Dios. En los ratos en que un nuevo dolor le acuciaba, gritaba que había de restablecer el templo de Dios y hacer lo suficiente para reparar sus crímenes. Y cuando ya se sentía desfallecer, ordenó un edificio del tenor siguiente:

## NOTAS

- (1) Es decir, el año 310, pues había sido elegido el 293.
- (2) Eutropio (10, 4) dice sencillamente que después de la proclamación de Licinio "siguió al momento la muerte de Galerio"; pero la realística descripción de Lactancio encuentra confirmación en Eusebio (*H. E.*, 8, 16; *De Vita Const.*, 1, 57), Aurelio Víctor (*De Caes.*, 40, 9; *Epit.*, 40, 4), Zósimo (*Hist.*, 2, 11).
- (3) Cita de Virgilio, *Geórgicas*, 3, 549-550. El centauro Quirón, famoso médico, tenía por padre a Saturno, y Melampo, primo de Jasón, era renombrado por la magia.
- (4) Asclepio, en latín Esculapio, hijo de Apolo, era el dios de la medicina, y su fama llegaba hasta decirse que resucitaba los muertos.
- (5) Cita de Virgilio, *Eneida*, 2, 222-224.

## XXXIV

Edicto de tolerancia dictado por Maximiano Galerio antes de morir.

“Entre las restantes cosas que siempre hemos ordenado para la utilidad y provecho de la república, queríamos ya antes de ahora, conforme a las antiguas leyes y a la pública disciplina de los romanos (1), corregir lo que fuera necesario y proveer para que también los cristianos, que habían abandonado la secta (2) de sus antepasados, se redujeran al buen sentido, puesto que en cierta manera tal aberración les tenía dominados y tanta necesidad ocupados, que en vez de seguir las instrucciones antiguas en que probablemente sus mismos padres les habían educado desde niños, según su parecer y conforme al propio capricho a sí mismo se habían dado leyes que guardar y hasta han llegado a ser muchos pueblos los que las siguen. Y como además hubiese una orden nuestra para que volvieran a conformarse con las instituciones de los mayores, muchos fueron sometidos con daño y otros, por lo menos, molestados. Mas como muchos persistieron en su propósito y viéramos que ni querían rendir el debido culto y religión a los dioses ni podían venerar al Dios de los cristianos, teniendo en cuenta nuestra infinita clemencia y nuestra invariable manera de proceder, por la que acostumbramos a conceder indulgencia a todos los hombres, también para con éstos hemos creído ofrecerles nuestro perdón para que de nuevo puedan existir los cristianos (3) y rehacer sus asambleas, con tal que nada hagan contra el orden público. En otra circular transmitiremos a los magistrados a qué deben atenerse. Conforme a nuestra actual benevolencia, deberán pedir a su Dios por nuestra salud y la de la república, para que, bajo todos los aspectos, la república se conserve incólume y puedan vivir todos con tranquilidad en sus casas.”

## NOTAS

- (1) Es decir, teníamos intención de intentar una restauración en el sentido tradicional y nacional, procurando que los cristianos volvieran a las prácticas de sus antepasados paganos.
- (2) La religión. El sentido al menos de la frase parece más de Lactancio que de Galerio.
- (3) Con esto se revocaba la legislación persecutoria que se fundaba en el dicho de los edictos imperiales: *ut christiani non sint*.



## XXXV

### La muerte de Galerio.

Este edicto (1) se publicó oficialmente en Nicomedia la víspera de las calendas de mayo, siendo Galerio la octava vez cónsul y Maximino la segunda. Entonces, abriéndose las cárceles, Donato carísimo, con los restantes confesores fuiste libertado, después de haber tenido tú por domicilio la cárcel durante seis años. Empero Galerio no pudo alcanzar por este hecho el perdón de Dios, sino que a los pocos días, habiendo encomendado a Licio su mujer y su hijo y habiéndolos puestos bajo su tutela, por deshacerse ya todos los miembros de su cuerpo, murió consumido por aquella horrible enfermedad. Esta noticia se supo en Nicomedia el último día del mismo mes, cuando ya en las próximas calendas de marzo habían de celebrarse las fiestas de su vigésimo aniversario (2).

## NOTAS

- (1) Para muchos este edicto, promulgado el 30 de abril del 311, significa la terminación de la era de las persecuciones, cuando en realidad habrá de esperar dos años más para el edicto de libertad dictado por Constantino.
- (2) El 1 de marzo del año 312 se cumplían los veinte años de gobierno de Galerio.



## XXXVI

Maximino Daya quiere perseguir de nuevo a los cristianos.

Al enterarse Maximino, voló desde el Oriente, aprovechando los caballos de la posta pública, para ocupar aquellas provincias, y si se descuidaba Licinio, poder reclamar para sí todos los territorios hasta el mar Calcedonio (1). Cuando entró en Bitinia, para ganársela a su causa, con gran contento de todos, abolió los impuestos. Mas la discordia se encendió entre los emperadores y casi se convirtió en guerra. Soldados armados defendían ambas orillas, pero mediante condiciones bien definidas se hace la paz y amistad, y en el mismo mar firman una alianza y se estrechan las manos. Se retira Maximino bien seguro y otra vez empieza la persecución como la que había habido en Siria y Egipto. Empieza por quitar la tolerancia concedida a los cristianos, de común acuerdo entre los emperadores, recibiendo legaciones fingidas de las ciudades, que le pedían no consintiera la formación de comunidades cristianas dentro de sus ciudades; con el fin de aparentar que hacía obligado y rogado lo que de su propia voluntad haría él gustosamente. Accediendo a tales peticiones, creó, implantando una costumbre nueva (2), sacerdotes máximos por las diversas ciudades de entre las personas principales, quienes habrían de hacer diariamente sacrificios a todos sus dioses, y siguiendo el oficio de los antiguos flámines impidiesen que los cristianos ni levantasen templos ni tuvieran reuniones públicas o privadas, sino que apresándolos, por propia cuenta, los obligasen a sacrificar o los entregasen a los magistrados. Y no fue esto bastante, sino que, además, puso al frente de cada provincia a otros de más elevada dignidad, a manera de pontífices, y a éstos los ordenó que fuesen adornados con clámides o capas blancas. Y estaba dispuesto a implantar lo que ya había ensayado en las regiones del Oriente. Bajo las apariencias de benignidad, había ordenado que no se matase a los siervos de Dios, tan sólo inutilizarlos. Y consiguiientemente sacaban los ojos a los confesores, les cortaban las manos, les descoyuntaban los pies y les arrancaban las narices o las orejas.

## NOTAS

- (1) Calcedonia, que da el nombre al estrecho, era una ciudad de la Bitinia, a la entrada del Bósforo, frente a Bizancio; hoy es una simple aldea. Maximino pretendía llegar cuanto antes a los estrechos, asegurándose una frontera natural y militarmente importante.
- (2) La costumbre tradicional, desde los tiempos de Numa Pompilio, era jerarquizar todos los sacerdotes, no existiendo pontífice máximo más que en Roma.

## XXXVII

Constantino disuade a Daya de perseguir a los cristianos, pero esquilma despiadadamente a sus súbditos.

Mientras andaba disponiendo todas estas cosas vienen a inquietarle una cartas de Constantino; pero él disimula. A pesar de lo cual, si algún cristiano caía en su poder, era arrojado al mar a escondidas. Ni dejó tampoco su antigua costumbre de que diariamente se hicieran sacrificios en su palacio. Y lo que dispuso en primer lugar fue que las reses destinadas a comida fueran muertas, no por los cocineros, sino inmolándolas sobre las aras los sacerdotes, hasta el punto que no se traía vianda a la mesa si no había sido antes ofrecida en sacrificio (1), o inmolada o rociada con el vino de las libaciones, de donde quien era invitado a cenar irremisiblemente tenía que salir manchado e impuro. En las restantes cosas se comportaba igual que su maestro. Pues si es que dejaron todavía algo Diocles o Maximiano Galerio, éste lo arrasó, arrebatando todo sin miramiento alguno. Y así eran clausurados los graneros de los particulares, las bodegas eran precintadas, se cobraban por anticipado los impuestos de muchos años. Como consecuencia vino el hambre en las mismas tierras de labor, y una carestía nunca oída. Rebaños de ganado vacuno y lanar eran robados a diario de los campos para los sacrificios cotidianos. Con tales despilfarros envició a sus cortesanos, que ya ni les pasaba por la imaginación alimentarse con otros víveres. Y derrochaba a tontas y a locas, sin distinción de personas ni ocasiones, habiendo repartido entre sus criados, que eran muchos, ropas preciosas y piezas de oro; a los soldados y reclutas entregaba objetos de plata, y a toda clase de bárbaros distinguía con incalculables repartos. Y por lo que respecta a que o quitaba los bienes o se los daba a los suyos, cuando alguno se los pedía, ni sabía si aún se le debería agradecer, porque, conforme a la costumbre de los bandoleros piadosos, robaba los equipajes, pero respetando la vida (2).

## NOTAS

- (1) La costumbre era de dejar a los sacerdotes las carnes sacrificadas de las víctimas. Toda participación en el banquete sacrificial pagano era considerada por los cristianos como idolatría.
- (2) La ironía de Lactancio no puede ser más punzante: todavía había que agradecerle al emperador que perdonaba la vida de sus súbditos.

## XXXVIII

### Depravación de Maximino Daya.

El vicio más grave de Maximino Daya consistía en una manía de corrupción, superior a cuantos le habían precedido. No sabría si llamarla ciega y desenfrenada y, sin embargo, con tales palabras no puede expresarse, por todo lo que tiene en sí de repugnante; está por encima del poder del idioma la magnitud del delito. Los eunucos y alcahuetes lo rebuscaban todo. Donde quiera se encontrara una cara un tanto agraciada, ya podían huir los padres y maridos. Despojaban a las más nobles matronas de sus vestidos e igualmente a las doncellas y eran examinadas miembro por miembro, para que ninguna parte del cuerpo fuera indigna de la cámara regia. Si alguna se negaba, se la asesinaba ahogándola, como si fuera crimen de lesa majestad defender la pureza contra aquel adúltero. Otros, no pudiendo soportar el dolor de la deshonra de sus esposas, a las que amaban tiernamente por su honestidad y fidelidad, terminaban dándose ellos mismos la muerte. Ante semejante monstruo no podía haber ninguna pureza entera, sino cuando se trataba de repulsivas deformidades que retraían su bárbara lujuria. Por último, llegó a poner la costumbre de que nadie pudiese tomar esposa sin su permiso, para ser él quien primero probase en todas las bodas. A las vírgenes más nobles, después de haberlas deshonorado, se las entregaba a sus criados por mujeres. Además, los componentes de su séquito, con tales ejemplos, imitaban sus estupros y violaban impunemente las alcobas de quienes los alojaban. ¿Quién los iba a escuchar en sus reclamaciones? Las jóvenes de familias de media posición eran raptadas con tal que alguno lo quisiera. Las de condición más elevada y que no había manera de robar, eran pedidas para favorecerlas, ni había manera de oponerse como lo hubiera firmado el emperador, pues no quedaba más que la muerte o tener por yerno a algún bárbaro. Pues no tenía otros guardias y acompañantes consigo que gente de aquellos godos, que, expulsados por Maximiano Galerio de sus tierras en tiempos de Diocleciano, se habían puesto a sus órdenes para desgracia del género humano, y quienes huían de la esclavitud de aquel bárbaro iban a dominar al pueblo romano. Rodeado de tales funcionarios y con tal escolta abusó a capricho de todo el Oriente.

## XXXIX

La viuda de Galerio, por haber rehusado nuevas nupcias con Daya, es expulsada de la corte y perseguida.

Por haber tomado por ley de sus liviandades el reputar lícito todo lo que se le antojase, no fue capaz de reprimirse ni ante la augusta, a quien hacía poco todavía llamaba madre (1). Había decidido vivir junto a él, después de la muerte de Maximiano Galerio, Valeria, su esposa, por considerarse con Maximino más segura, dado que éste tenía mujer. Pero animal lujurioso, pronto se enciende. Todavía usaba vestidos negros la dama y le quedaba por cumplir la época del luto. Le manda emisario para que la pida en matrimonio, prometiendo repudiar a su esposa si ella aceptaba. Esta responde libremente lo que sólo podía contestar: que primeramente no podía tratar de bodas hallándose con aquel vestido fúnebre (2), que aún estaban calientes las cenizas de su marido y de su padre; además, que el emperador obraba sin piedad al querer repudiar su fiel esposa (3) y que lo mismo habría de hacer un día con ella; por último, que era indigno de su nombre de emperatriz y de su rango probar otro marido, sin haber tales costumbres ni precedentes. Le dan cuenta al buen hombre de su atrevimiento. Su lujuria se le trueca en ira y arrebato. Al momento destierra a la dama, confisca sus bienes, le quita sus acompañantes, da muerte entre tormentos a sus eunucos y a ella misma, en unión de su madre, les ordena el destierro, pero sin señalar un lugar determinado para causarles mayor disgusto y oprobio al arrojarlas de varios lugares, y, por último, a sus amigas las escarnace deshonorándolas.

## NOTAS

- (1) Maximino llama "madre" a Valeria, mujer de Valerio, por cuanto un César se consideraba hijo adoptivo del Augusto.
- (2) En el caso de las viudas el derecho romano exigía un determinado intervalo de meses antes de permitir nuevas bodas, por consideraciones a la paternidad de la prole.
- (3) El vicio del divorcio se había extendido ya de antiguo entre los romanos. Véase Juvenal, *Sat.*, 6, 229.



## XL

### Persecuciones y torturas a las damas de compañía de Valeria.

Había entre las damas de Valeria una nobilísima matrona, que tenía ya nietos de sus hijos más jóvenes. Valeria la amaba como si fuera su madre, y se figuraba Maximino Daya que por su consejo se había opuesto a su matrimonio. Encarga expresamente al presidente Eratineo (1) que le dé muerte con deshonor. A esta dama se le agregan otras dos matronas, igualmente nobles y de las cuales una había dejado en Roma una hija, virgen vestal, pero que se había juntado después ocultamente al séquito de Valeria, y la otra tenía un marido senador y no estaba menos relacionada con la augusta. Pero ambas, por su extraordinaria belleza y honestidad, eran condenadas a la última pena. Son, pues, llevadas las damas súbitamente no a un juicio, sino como en raptó. Ni siquiera se habían preocupado de señalar un acusador. Pero hallan a mano un cierto judío, reo por otros crímenes, al cual inducen, con la promesa de impunidad, a que presente declaración falsa contra las inocentes. El juez, muy justo y diligente, saca fuera de la ciudad al judío para tomarle declaración, bien acompañado de escolta por miedo a que le apredrearán las turbas. Toda esta tragedia se representa en Nicea. Empiezan por dar tormento al judío; declara cuanto le tenían ordenado. A las damas, para que no contradijeran, las hacen fuerza los verdugos amenazándolas. Por último se condena a las inocentes. Lloran y se lamentan, no sólo el marido de una tal fiel esposa que allí se hallaba presente, sino toda la muchedumbre, a quien farsa tan repugnante y nunca oída había congregado. Mas a fin de que una acometida del pueblo no las arrebatase de las manos de los verdugos, hacen escolta, encuadrados militarmente, veteranos honderos de las Baleares (2). Así son llevadas al suplicio en medio de las formaciones de soldados armados. Y hubieran permanecido sin recibir sepultura, al ser aventados por la huida todos sus familiares, de no haberlas enterrado la furtiva misericordia de sus amigos. Ni le valió al falso acusador de adulterio la impunidad prometida, sino que, puesto en el patíbulo, descubrió toda la trama y, cuando ya estaba para morir, declaró a todos los que estaban presentes, que se había dado muerte a unas inocentes.

## NOTAS

- (1) El nombre del presidente ha sido escrito por conjetura, pues el manuscrito tiene una laguna. Otros escriben Cratino o Flaccino o de Bitinia.
- (2) Los honderos de las Baleares tenían fama de ser los mejores del ejército imperial.

## XLI

Valeria Augusta es desterrada a Siria.

Entretanto la augusta, desterrada en unas desiertas soledades de Siria, consiguió, por ocultos medios, hacer saber a su padre Diocleciano toda su desgracia. Este envía emisarios a Maximino rogando que le envíe su hija, pero no adelanta nada. Una y otra vez vuelve a insistir, pero su hija no se la mandan. Por último, encarga a un cierto pariente suyo, jefe militar y persona de mucha influencia, que le haga súplicas, recordándole los beneficios que de él ha recibido. Y también éste le ha de comunicar que su embajada de nada ha servido y los ruegos resultaron inútiles.

## XLII

Muerte miserable de Constantino, quien llega a ver la condenación de su memoria.

Por esta misma época, siguiendo órdenes de Constantino, las estatuas del anciano Maximiano Hercúleo son retiradas y los retratos en que aparecía pintado quitados. Y como, por lo general, figuraban pintados juntos ambos ancianos (1), Diocleciano y Maximiano, se arrancaban a la vez las imágenes de los dos. Y viendo Diocleciano en vida lo que a ningún emperador le había sucedido, aquejado de un doble mal (2), creyó llegada la hora de su muerte. Se dejaba caer por aquí y por allí y por las angustias de su alma, a causa del dolor, no podía conciliar el sueño ni tomar alimento. Todo eran suspiros y lamentos, continuas lágrimas, frecuente revolcarse ora en el lecho, ora en el suelo. Y así el emperador tan dichoso durante veinte años, condenado ahora por Dios a una vida miserable, colmado de injurias, haciéndosele odiosa hasta su misma vida, terminó muriendo de hambre y angustia.

## NOTAS

- (1) Aunque parece no fue intencionada la *damnatio memoriae* de Diocleciano, por la causa fortuita de hallarse esculpido junto con Maximiano, su imagen era igualmente borrada, lo que suponía un enorme deshonor tener que sufrirlo en vida.
- (2) Diocleciano era aquejado de un doble mal, material y moral.

## XLIII

### Alianza de Maximiano y Majencio contra Licinio y Constantino.

Todavía quedaba uno (1) de los enemigos de Dios, Maximino, cuya muerte y ruina voy a referir ya. Teniendo animosidad contra Licinio, por haber sido preferido a él por Maximiano (2), y aunque recientemente había confirmado su amistad con él, sin embargo, cuando se enteró que la hermana de Constantino (3) había sido dada por esposa a Licinio, se figuró que tales enlaces entre ambos emperadores se hacían para daño suyo. Empezó por mandar representantes suyos a Roma que propusieron oculta-mente a Majencio su alianza y amistad. A la vez escribe, lleno de afabilidad. Sus legados son recibidos con todo afecto; se firma una alianza, las imágenes de ambos emperadores son colocadas juntas. Majencio acepta tales convenios como una ayuda milagrosa, pues había declarado la guerra a Constantino (4), con el pretexto de vengar la muerte de su padre. Por lo que llegó a sospechar que aquel miserable anciano había fingido desavenencias con su hijo para hallar modo de suprimir a los otros, y una vez eliminados poder reclamar para sí y para su hijo el imperio de todo el orbe. Pero esto era falso. Su verdadero propósito era derrocar a su hijo y a los demás y restablecerse Diocleciano y él en el reino.

## NOTAS

- (1) Este era Maximino Daya.
- (2) Maximiano Galerio prefirió dejar como césares a Maximino y Constantino.
- (3) Dice Eutropio (10, 5) de Constantino que "su hermana Costanza estaba casada con Licinio". Esta Costanza era hermanastra de Constantino (hijo de Costanzo Cloro y Elena) por ser hija de Teodora, segunda mujer de Costanzo Cloro, a la cual y a la hija de Constantino habría bautizado San Silvestre en la iglesia de Santa Inés extramuros, según el *Liber Pontificalis*.
- (4) Eutropio (10, 4) dice en cambio que fue Constantino quien declaró la guerra a Majencio, a quien nunca reconoció como verdadero colega. Eusebio y Zósimo son de la opinión de Lactancio. Sea lo que fuera, la guerra civil era inevitable para restablecer la unidad del imperio, especialmente en Italia.



Constantino vence a Majencio en el puente Milvio y entra triunfante en Roma.

Al fin estalló entre los emperadores la guerra civil. Y aunque Majencio se había recluso en Roma por haber tenido presagios de que sería destruido si salía fuera de las puertas de la ciudad, con todo la guerra se llevaba adelante por medio de sus mejores generales. Majencio disponía de más fuerza, porque juntaba al ejército de su padre, que había recibido de Severo, el suyo propio, reclutado con moros y gétulos (1). Luchaban y parecía que los soldados de Majencio iban ganando hasta que Constantino, tomando aliento y disponiéndose a jugarse todo, puso en marcha sus fuerzas y acampó cerca de la urbe, por la región del puente Milvio (2). Se acercaba el día en que Majencio había sido nombrado emperador, el cual corresponde a seis días antes de las calendas de noviembre, cumpliéndose entonces el primer quinquenio. Constantino fue avisado durante la noche para que grabase en sus escudos la señal celestial de Dios (3) y de esta forma emprendiera la batalla. Hizo como se le había mandado y trazando una línea por mitad de la letra X y curvando su extremidad superior, señala los escudos con el anagrama de Cristo. Armado con tal señal, el ejército coge las espadas. Sale al encuentro el enemigo sin su emperador y cruza el puente. Los ejércitos avanzan hasta darse la cara y se lucha con mucho coraje por uno y otro lado, *sin querer saber de huidas éstos ni aquéllos* (4).

Ocurre, mientras tanto, un gran alboroto en Roma, pues afean al emperador que parezca un despreocupado por la suerte del bien público. Y entonces, de repente, todo el pueblo —estábanse celebrando unas fiestas circenses con motivo de su nacimiento— clama con unánime voz que Constantino de ninguna manera puede ser vencido. A tales palabras, consternado Majencio, escapa de allí y manda llamar a algunos senadores, a los cuales ordena que repasen los libros sibilinos, en los cuales aparece que aquel día el enemigo de los romanos había de perecer. Con esta respuesta nace en él la esperanza de la victoria, marcha y se pone al frente del ejército. El puente queda roto a su espalda, con lo cual la lucha se hace más desesperada, pudiendo únicamente la mano de Dios dirimir la contienda. El ejército de Majencio se

empavoriza y el mismo emperador, volviendo las espaldas, se precipita sobre el puente que estaba cortado, y empujado por la muchedumbre de los que huían, cae al Tíber. Terminando de esta manera la guerra, Constantino es recibido como emperador con gran alegría del pueblo y Senado romano. Se entera de la perfidia de Maximino, coge sus cartas, encuentra sus estatuas e imágenes. El Senado, en honor a su valor, reconoce a Constantino el primer puesto (5), que para sí pretendía Maximino, quien al escuchar la noticia de la victoriosa liberación de Roma, la recibió como si él mismo hubiera sido vencido. Y cuando se enteró después del decreto del Senado se llenó de tal sentimiento, que ya hablaba claramente de ruptura de relaciones, diciendo chistes e injurias contra el emperador máximo.

## NOTAS

- (1) El ejército de Severo había sido reclutado en Africa del Norte (moros y gétulos).
- (2) Fue construido por M. Emilio Scauro y restaurado por el papa Nicolás V, y aun en nuestros días se encuentra en uso. El ejército de Constantino había acampado a la derecha del Tíber.
- (3) Nos encontramos ante uno de los problemas más debatidos de la vida de Constantino. Lactancio sólo hace intervenir el sueño la víspera de la batalla y sobre los muros de Roma, y manda esculpir el *caeleste signum* sobre los escudos de los soldados. Alusión a esto se encuentra en Prudencio en su poema *Contra Symmacum*, 1, 486-488, y en una medalla de Eudoxia con la Victoria que tiene grabado en el escudo el monograma. Calla en cambio el "*in hoc signo vinces*".
- (4) Cita de Virgilio, *Eneida*, 10, 757.
- (5) Se entiende de la jerarquía imperial, figurando ya Constantino como el primer augusto. Con este motivo se le levantó el hermoso arco de triple puerta que todavía puede admirarse en Roma junto al Coliseo, el cual conserva una inscripción relatando su triunfo.

## XLV

Se celebra en Milán el matrimonio de Licinio y tiene que marchar éste contra Maximiano.

Constantino, después de organizar la vida en Roma, se retiró a Milán para pasar allí el próximo invierno (1). A la misma ciudad acudió Licinio para tomar esposa. Al enterarse Maximino que estaban ocupados con el asunto de la boda, puso en movimiento sus tropas en lo más crudo del invierno, y a marchas forzadas llegó hasta Bitinia con el ejército muy cansado; pues a causa de las continuas lluvias y nieves, y por el barro, y los fríos, y las fatigas llegaron a perder acémilas de todas clases, resultando un espectáculo lamentable su muerte por los caminos, anuncio ya de la próxima guerra y de la matanza que a los soldados esperaba. No se contentó tampoco con permanecer dentro de los límites de su demarcación, sino que, pasando rápidamente el mar, se presentó bien armado a las puertas de Bizancio. Sólo existía allí una guarnición de soldados, puestos de exprofeso por Licinio en previsión de este caso. Al principio trató de atraérselos con regalos y promesas; después quiso intimidarlos por la fuerza y el ataque, y, sin embargo, de nada valieron ni la fuerza ni las promesas. Entretanto habían pasado once días durante los cuales hubo tiempo de enviar mensajeros y cartas al emperador, cuando los soldados, desconfiando no de su propia lealtad, sino de su escaso número, decidieron entregarse por su cuenta. Desde aquí saltó a Heraclea (2) y allí fue detenido por el mismo motivo, con lo que perdió algunos días más. A su vez, Licinio se daba mucha prisa y llegaba con poca gente a Adrianópolis (3), al tiempo en que Maximino recibía la rendición de Perinto, y después de entretenerse un tanto, llegaba a la jornada de la milla dieciocho, ni podía avanzar más, pues ya Licinio se encontraba en la segunda jornada y a igual millas de distancia. Este reunió todos los soldados que pudo de las cercanas guarniciones y salió al encuentro de Maximino, más con la intención de retardarle, que con el propósito de presentarle batalla o con la esperanza de la victoria, pues aquél tenía 60.000 hombres armados y él apenas había podido reunir 30.000. Pues sus soldados se hallaban desparramados por las varias regiones y no había tiempo ya para juntarlos a todos.